

bia encargado las camisas á Clara, el señor de Rothenfeltz vió entrar á la jóven; llevaba una camisa bajo cada uno de sus brazos.

— Monseñor, dijo, ved aquí las dos camisas que me habeis encargado; están tejidas con las ortigas que cubrían la tumba de mi pobre padre. He cumplido fielmente vuestras órdenes, espero que vos cumplireis fielmente vuestra promesa.

En efecto, el señor de Rothenfeltz, como habia prometido, ordenó para el dia siguiente las bodas de Clara y del mozo jardinero, y cuando el capellan del castillo acababa de echarles su bendicion, le fueron á buscar apresuradamente de parte del castellano. Le habia acometido una hemorragia y se moria.

Y por la noche, en el momento mismo en que dos jóvenes doncellas ponian á Clara su camisa de boda, dos ancianas amortajaban al castellano con su camisa mortuoria.

PEDRO DE STAUFFENBERG.

A medida que se sube por el valle del Murg, el país es mas agreste y salvaje. El riachuelo, todo lleno de tablas, vigas y árboles apenas despojados de sus ramas, corre hácia el Rhin, al que va á llevar el tributo de la Selva Negra. Se creeria viajar por uno de los bonitos desfiladeros del Oberland y del Delfinado. Las decoraciones de la Opera cómica han desaparecido para dar lugar á una naturaleza grande y bella.

Guernsbach es en cierto modo la capital de aquel pequeño rincon de apartada tierra; es una linda ciudad de dos mil habitantes próximamente, llena de actividad, cuya industria consiste en el serraje de las tablas que le proporcionan los magníficos abetos de la Selva Negra. Al extremo de la Gran calle, ó mas bien de la única calle de que

creo se compone, se encuentra un sendero que conduce al antiguo castillo de Eberstein; esta era la residencia de los antiguos condes de este nombre, que en el siglo x se aliaron con la familia imperial. Hé aquí con qué motivo.

En 938, habiendo batido el emperador Othon en Alsacia á Giliberto, duque de Lorena, y deseando reducir bajo su obediencia á los condes de Eberstein, que habian adoptado el partido del vencido, resolvió, para conseguir el fin que hacia difícil la situacion admirable del castillo, anunciar un gran torneo en Spira : nadie dudaba que los tres condes de Eberstein, atraidos por el deseo de mostrar su valor y destreza, responderian al llamamiento que hacia á la nobleza de Alemania, y que entretanto le seria fácil apoderarse del nido, estando fuera de él las águilas. En consecuencia, todo se preparó, y quedó convenido que durante el baile que seguiria al torneo se intentaria la expedicion.

Como lo habia previsto el emperador, los tres condes no fueron los últimos en ir á Spira; el mayor ganó el premio el primer dia, y fué coronado por mano de la princesa Hedwige, hija del rey Enrique y hermana del emperador. Esta victoria le dió además el derecho de empezar por la noche el baile con ella.

El conde de Eberstein era tan bello como valiente, y tan galan como bello; resultó de aquí que

la princesa Hedwige, al ver un caballero tan perfecto se enamoró de él. Por su parte, el conde la habia encontrado muy hermosa; pero jamás se hubiese atrevido á esperar tan elevada alianza; de modo que juró ocultar aquel amor en su pecho.

Mas hé aquí que bailando con la princesa Hedwige le dijo esta :

— Tened cuidado, conde de Eberstein, mientras vos sois aquí vencedor, acaso sois vencido en otra parte. Esta misma noche, por sorpresa, deben tomar vuestro castillo.

El conde dió gracias á la jóven apretándola la mano, y terminó su contradanza sin que un solo músculo de su rostro revelase el aviso que habia recibido; luego, cuando la hubo llevado á su sitio, fué á despedirse del emperador, diciéndole, que cansado de la jornada, y deseando estar descansado para el dia siguiente, le pedia en su nombre y el de sus hermanos, el permiso para retirarse á las habitaciones que les habian preparado. El emperador mandó que les condujesen á ellas; y en seguida, habiéndose asegurado por sus criados de que estaban ya encerrados, dió orden á sus tropas de que se pusiesen en camino, y volvió á presidir la fiesta.

Mas los tres condes de Eberstein, en vez de acostarse, bajaron por la ventana, y cogiendo sus tres caballos de la caballeriza, partieron á todo galope,

y llegaron á su castillo, cuando los que debian atacarle estaban aun lejos.

De modo que cuando los hombres del emperador se presentaron, dos de los jóvenes condes habian tenido tiempo de armarles una emboscada, mientras su hermano mayor los esperaba en lo alto de las murallas. Por consecuencia todos quedaron muertos ó prisioneros, y ni uno escapó para llevar la noticia del desastre á Spira.

Mas en lugar de celebrar su victoria con fiestas y estrépito, los condes de Eberstein condujeron silenciosamente los prisioneros á los subterráneos del castillo, y habiendo despojado á los imperiales de sus vestidos, disfrazaron con ellos á sus soldados, y los colocaron á la puerta para hacer creer que el castillo habia sido tomado.

En efecto, al amanecer, llegó Othon con una escolta compuesta únicamente de doce de los caballeros mas de su intimidad, y viendo desde lejos su bandera imperial que flotaba en lo mas alto de las torres, batió palmas, y puso su caballo á galope exclamando : ¡ Hurra ! Eberstein está tomado.

Al verle, los soldados que habian recibido su consigna agitaron sus armas, y gritaron : ¡ Viva el emperador ! De modo que no sospechando nada, entró Othon con su escolta en el patio del castillo.

Mas entonces cambiaron las cosas de aspecto ; cerróse la puerta tras el emperador, los soldados

de los tres condes salieron de todas partes armados, y Eberstein mismo se adelantó, con su casco en una mano y la espada en la otra, de modo que llevaba la cabeza y la espalda descubiertas :

— Señor, dijo, es inútil que hagais ninguna resistencia ; todos vuestros soldados han sido muertos ó hechos prisioneros, y vos mismo lo sois mio.

Entonces el emperador, viendo que lo que le decia el conde era cierto, quiso tratar de su rescate y le ofreció llenar con monedas de plata los cascos de los soldados, y con monedas de oro los cascos de los oficiales. Verdaderamente era un rescate imperial el que ofrecia, porque habia enviado para tomar á Eberstein doce oficiales y trescientos soldados.

Pero el conde de Eberstein le contestó que no necesitaba nunca oro ni plata mientras tuviese hierro y acero.

Entonces el emperador le ofreció darle en propiedad, y sin que dependiese de nadie, todo el valle del Murg, desde el sitio en que nace hasta el en que desemboca en el Rhin.

Pero el conde Eberstein le respondió que era bastante poderoso, puesto que aunque no poseia mas que un castillo, tenia en aquel castillo prisionero á su emperador.

El emperador, viendo que sus ofertas eran re-

husadas, le dijo que fijase él mismo el rescate que quisiese, y que ese rescate, cualquiera que fuese, le sería concedido.

Al punto el conde Eberstein arrojó á un lado su casco y su espada, y poniendo una rodilla en tierra ante el emperador :

— Señor, le dijo, os pido, no á título de rescate, sino á título de súplica, una cosa mas preciosa que todo el oro del mundo y todas las tierras del imperio. Pido la mano de la princesa Hedwige.

El emperador quedó por un momento pensativo; pero conociendo al punto que jamás encontraría para su hermana un caballero mas valiente y desinteresado que el conde de Eberstein :

— Levantaos, hermano mio, le dijo, é id cuando queráis á Spira á recordarme la palabra que os doy, y el día en que vayais, tendreis el premio del rescate.

Y ocho días despues, el conde Eberstein abría de nuevo el baile con la princesa Hedwige, pero esta vez era él quien hablaba en voz baja, y menos dueña de sí que su prometido, todos podían, dice la crónica, adivinar en su rubor lo que la decía.

Un descendiente del conde Eberstein y de la princesa Hedwige, fué el que perseguido por el conde Everard de Wurtemberg, antes que caer en manos de su enemigo, obligó á su caballo á saltar

desde lo alto de la roca sobre que está situado el castillo, es decir, desde una altura de setenta piés, y quien, por una casualidad milagrosa, no habiéndose hecho daño alguno, atravesó el Murg y se escapó. Todavía hoy se enseña al viajero el sitio desde donde se lanzó, y la tierra donde cayó, y el espacio que atravesó se llama el Salto del Conde.

Como el aspecto del valle era magnífico tomado desde aquel punto de vista, hicimos llevar allí nuestra comida : una desventurada botella de vino del Rhin, la última que teníamos y que conservábamos con el mayor cuidado, por ser original del mismo Johannisberg, rodó por la pendiente de la roca, y dió el mismo salto que el conde, pero menos feliz que él se hizo mil pedazos.

A cosa de las tres, nos volvimos á poner en camino y bajamos de Eberstein por Stauffenberg; aquí había tambien en otro tiempo un magnífico castillo del que todavía se ven algunos restos. Pero despues de la muerte del último conde, no atreviéndose nadie á habitarle, porque estaba ocupado, segun decían, por fantasmas, el castillo se arruinó. Hé aquí la aventura que dió lugar á esta creencia, todavía tan admitida hoy que á cierta hora prefieren los habitantes del valle dar un rodeo de media legua á pasar cerca de sus ruinas.

Pedro de Stauffenberg era el último de los con-

des de este nombre, mas á pesar de eso, no prometia la raza extinguirse en él, porque era un hombre de buena presencia, lleno de juventud y de fuerza, y uno de los mas valientes caballeros de todo el Rhingan.

Como en aquel momento se gozaba tranquilidad en las posesiones del imperio, Pedro habia depositado el casco y la coraza, y no pudiendo hacer la guerra á los hombres, se la hacia á los jabalies y venados del valle del Murg, cuando una noche, despues de una larga y fatigosa cacería, abrasado de calor y de sed, se acordó de una encantadora fuente en la que muchas veces habia apagado su sed; la fuente no debia estar lejos del sitio en que se encontraba, puso su caballo á galope, y oyendo á poco el murmullo del agua, saltó de su caballo, y atándolo á un árbol del camino, entró á pié en el bosque.

Apenas dió algunos pasos vió la fuente que buscaba, mas fresca y deliciosa que jamás la encontró, y porque era en esa hora encantadora de la noche en que el rocío cae sobre la tierra y el vapor sube al cielo.

Pero esta vez la fuente no estaba solitaria como de costumbre: una preciosa jóven, que tenia al parecer quince ó diez y seis años á lo mas, estaba echada á su orilla, con el extremo de sus pequeños piés pendientes en el manantial, sostenien-

do con su mano su cabeza coronada de flores, y mirando melancólicamente correr el agua. Al verla Pedro de Stauffenberg se detuvo, creyendo era una vision que tenia ante los ojos, porque jamás habia encontrado cosa semejante en la tierra.

Pero al ruido que hizo, la jóven levantó los ojos, y cogiendo de su lado una concha que parecia hecha de plata y lapislázuli, la llenó de agua y se la presentó al caballero, quien mirándola habia olvidado todo, calor, fatiga y sed. El caballero levantó la cabeza, bebiendo, mas cuando bajó los ojos y dirigió la vista hácia el sitio donde estaba la jóven, nada vió. En el sitio donde ella estaba, no parecia pisada la yerba, y las flores mas menudas estaban en pié en sus tallos llenas de frescor y humedecidas por el rocío; únicamente le pareció ver el agua agitada encalmarse poco á poco, como si la bella desconocida se hubiese dejado deslizar en la fuente; pero cuando el agua quedó en calma, ya no hubo ninguna huella de su presencia, y á no ser por la bonita concha de lapislázuli y plata que tenia en la mano, el caballero hubiera creído que soñaba.

Acaso hubiera permanecido allí toda la noche, esperando á que volviese, si no hubiera oido la bocina de sus monteros, y si su caballo rechinando no los hubiese guiado hácia el sitio donde estaba; pero temiendo que tan gran acompañamiento asus-

tara á la jóven y la impidiese volver, no solo aquella noche sino los dias siguientes, salió apresuradamente del bosque, mandó que nadie fuera á beber á la fuente, y emprendió con toda su gente el camino del castillo.

Al dia siguiente no quiso beber el conde mas que en su bonita copa de nácar; pero aunque su vino era de las mejores tierras del Rhin y del Mosela, estaba lejos de parecerle tan bueno como aquella agua pura del manantial, que le habia presentado la bella desconocida.

Por la noche, á la misma hora, Pedro de Stauffenberg salió solo de su castillo y se dirigió á la fuente: en el mismo sitio vió tendida á la jóven, quien al descubrirle, le saludó con dulce sonrisa. Su alegría fué grande, porque la vispera habia desaparecido sin darle ninguna esperanza de volver. La desconocida le hizo seña de que se sentara junto á ella, como si le hubiese esperado, y entonces el conde le preguntó cuál era su nombre y dónde vivia.

— Me llamo Ondina, respondió la jóven, y vivo cerca de aquí; frecuentemente os he visto venir á apagar la sed á esta fuente, y hé aquí porqué os conocia.

Hacia como media hora que conversaban, cuando un corzo que sin duda iba á beber á su favorito manantial, hizo algun ruido; el caballero temiendo

que fuese algun indiscreto, se volvió á mirar del lado donde se oia el ruido: mas cuando tranquilizado acerca de la causa quiso reanudar la conversacion con Ondina, Ondina habia desaparecido, y como la vispera, el agua removida le indicó que por aquel lado habia huido.

Como la vispera, tambien permaneció el caballero aun largo tiempo esperando, mas nadie volvió á aparecer, y pasado cierto tiempo, se vió obligado á marcharse; sin embargo, no quiso dejar la fuente sin beber por segunda vez de aquella agua que le habia parecido tan sabrosa la primera, y como no tenia allí su bonita copa, se tendió en la orilla y aproximó su rostro á la superficie del agua; pero en lugar de verse retratado en el espejo de la fuente, le pareció que era la imágen de Ondina la que tenia enfrente, y cuando su boca tocó al agua, en lugar del contacto húmedo que esperaba, sintió la abrasadora impresion de dos labios: Pedro de Stauffenberg exhaló un suspiro de amor; un suspiro de amor que parecia salir del profundo manantial respondió al suyo; los amantes habian cambiado su primer beso.

Pedro de Stauffenberg volvió al castillo casi ebrio de felicidad. En toda la noche no pudo dormir, sentia sin cesar en sus labios la impresion de aquel ardiente beso, y se reprendia no haber perseguido á Ondina hasta el fondo de su retiro; luego por la

tarde hacia mil proyectos á cual mas insensatos : á cada momento miraba al sol, porque la noche no llegaba.

Llegó al fin la noche. Pero mucho antes de la hora en que tenia costumbre de encontrar á Ondina, Pedro de Stauffenberg estaba junto á la fuente; pero la fuente estaba solitaria, y el pobre caballero se desesperaba, cuando de repente creyó oír un suave canto que salia del fondo del agua, y entre los lirios que cubrian la corriente del arroyo, vió aparecer la rubia cabeza de Ondina; hizo un movimiento para precipitarse hácia ella, pero la jóven le detuvo con una señal, y marchando sobre las anchas hojas de las plantas acuáticas que el peso de su cuerpo no hacia doblegar, llegó á la orilla, cosa extraña, sin que el agua, que se deslizaba por su cuerpo en gruesas gotas semejantes á perlas, mojase al parecer ni sus cabellos ni sus vestidos. Luego que estuvo junto al caballero, se sentó como lo habia hecho la víspera; Pedro se puso de rodillas ante ella, la cogió las manos, y la miró tan tiernamente que no habia lugar á equivocarse acerca de los sentimientos que le inspiraba. Ondina sonrió, y despues de un momento de silencio durante el cual le miró con la misma ternura :

— Si, me amais, le dijo, porque aunque guardais silencio, leo en vuestro corazon; y yo tambien os amo; una hija de los hombres os hubiese hecho

esperar esta confesion, y acaso yo hubiese obrado bien imitando á la hija de los hombres, pero, ya lo habeis visto, soy de otra naturaleza que la vuestra, y trasparente como el palacio de cristal que habito, no sé ocultar nada.

— ¡ Oh ! qué feliz soy, exclamó el caballero, porque os amo lo que no puede decirse, y esto desde el primer dia que os he visto, y para siempre.

— ¿ Para siempre ? murmuró Ondina, ved lo que decís, porque nosotras hadas de las aguas, no concedemos nuestro amor mas que con nuestra mano, ni nuestra mano sino con nuestro amor; y como somos inmortales, el juramento que hacemos nos liga por toda una eternidad; ¿ os sucederá lo mismo respecto á vos ?

— Yo no puedo comprometerme mas que durante mi vida, respondió el caballero; pero mientras me dure, os amaré.

— ¿ Estais seguro de lo que decís ? preguntó Ondina; no hagais imprudentes promesas; ó no comprometais vuestra fe, ó que vuestra fe sea pura como el cristal de esta agua, firme como el acero de vuestra espada; pensad que el dolor que me causaríais no seria un dolor momentáneo como el que causan las penas de la tierra, sino un dolor eterno como los dolores del infierno.

Entonces el caballero puso su mano sobre la cruz de su espada :

— Tan cierto, la dijo, como me es imposible vivir sin vos; del mismo modo me es imposible seros infiel. Puedo morir, pero cesar de amaros, ¡jamás!

— Entonces, soy vuestra, respondió Ondina; fijad vos mismo el día de nuestras bodas, y mañana encontrareis al despertaros la dote de vuestra prometida.

— ¡Oh! mañana, mañana, exclamó el caballero, ¿porqué retardar un día el en que seamos felices?

— Mañana, dijo Ondina, porque yo tengo tanto deseo de ser vuestra, como vos de ser mio. Pensad únicamente esta noche en el compromiso que aceptais; mañana por la mañana aun será tiempo de veros libre de vuestra palabra; mañana por la noche estaremos unidos para siempre.

— ¡Oh! ¡que no sea ya mañana por la noche! exclamó el caballero estrechando á Ondina contra su pecho; pero ella desprendiéndose de sus brazos, se puso en pié, y en seguida, inclinándose como una flor encorvada por el viento, depositó en los labios del caballero otro beso mil veces mas voluptuoso que el del día anterior; y marchando de nuevo sobre las anchas hojas de lirios, hasta que llegó al sitio en que el manantial era mas profundo, se sumergió lentamente, saludando al caballero con su sonrisa y con la mano, y desapareció bajo las aguas.

Al día siguiente al despertarse, halló el caballero sobre la mesa que estaba en medio de su alcoba tres cestas: una llena de ámbar, otra de coral, y la tercera de perlas; Ondina habia cumplido su promesa; aquella era la dote de la esposa. Pero nadie le pudo decir quién lo habia llevado.

El caballero saltó de su lecho y se vistió apresuradamente. Apenas habia acabado de ataviarse, le anunciaron que una porcion de doncellas se dirigian hácia el castillo. Corrió á su balcon, y reconoció á Ondina que se acercaba con la comitiva de una reina. Eran las ninfas de las aguas que le estaban sumisas desde el Necker hasta Kensig; estaban vestidas como ella, coronadas con las mismas flores que ella; sin embargo, á la primera mirada se diferenciaba á la reina de las esclavas. Pedro de Stauffenberg salió corriendo á su encuentro; y como la víspera por la noche habia avisado al capellan, quiso conducirle directamente á la iglesia, pero Ondina quiso aun hablarle antes por última vez, y el caballero la condujo á un gabinete; allí, viéndose sola con él, le miró fijamente Ondina, y leyendo en sus ojos las mismas promesas de amor:

— ¿Habeis reflexionado bien? le dijo.

— No sé si he reflexionado, respondió el caballero, sé que no he pensado mas que en vos, que no amo mas que á vos, que no amaré á otra.

— Pensad aun otra vez lo que acabais de pro-

meter y lo que vais á hacer; porque si alguna vez vuestro corazon se enfria respecto á mí, ó late por otra, si de cualquier modo que sea me fuéreis infiel, por distante que esteis del sitio en que yo me encuentre, sois perdido y tendreis una señal de vuestra próxima muerte. Este signo será la aparicion de este pié que veis; es la única y última parte que veriais de aquella á quien habeis prometido amarla siempre.

El caballero cayó de rodillas, y besando aquel pié tan lindo que era imposible creer llegase jamás á ser un signo siniestro, renovó el juramento de amar á Ondina hasta la muerte. Ondina era feliz creyendo; quedó, pues, fácilmente persuadida, y en aquel mismo dia el capellan del castillo unió á los dos amantes.

Su felicidad fué grande, y durante un año, aquella dicha, en vez de disminuir no hizo mas que aumentarse, porque á los nueve meses dió á luz Ondina un hijo hermoso como su madre; pero pasado aquel año, Luis de Baviera, que á solicitud de Eduardo III de Inglaterra, habia declarado la guerra á Felipe de Valois, hizo un llamamiento á todos los caballeros que le estaban subordinados, y como Pedro de Stauffenberg era uno de los mas poderosos, y sobre todo uno de los mas valientes, se adivina que fué comprendido en este llamamiento.

Ondina vió llegar con terror el momento de una separacion, y sin embargo, era demasiado celosa de la gloria de su marido para detenerle á su lado; así que fué la primera á inspirarle el ánimo que le faltaba. Solo sí, en su nombre y en el de su hijo le recordó su juramento y el riesgo que habia para él en faltar á él. Todo lo que puede inventar el corazon de promesas tiernas, le hizo Pedro de Stauffenberg: de modo, que Ondina le vió partir, si no consolada, al menos confiada.

Pasó el segundo año, durante el cual Pedro de Stauffenberg dió cima á magníficos hechos de armas, y durante el cual el duque de Brabante dió esplendentes fiestas á toda la corte de Inglaterra que habia ido á Bruselas. El duque de Brabante no tenia hijos varones, sino únicamente una hija, de modo que para asegurar su ducado en su familia, necesitaba un yerno de corazon valiente y de talento. Por su valor habia distinguido á Pedro de Stauffenberg, de modo, que habiendo llamado un dia al jóven caballero, se manifestó á él francamente, y le ofreció la mano de su hija y la supervivencia de su ducado. Pedro le dió gracias por el grande honor que queria hacerle, pero le confesó que estaba casado, y le refirió con quién y cómo. Entonces el anciano conde meneó la cabeza, no porque dudase de ello, pues sabia que un hombre como Pedro era incapaz de mentir, sino porque

la cosa le parecia algo diabólica; despues, pasado un momento de silencio durante el que se arraigó esta creencia en su espiritu :

— Creedme, mi jóven amigo, le dijo, no estais obligado cen semejante promesa, algo de magia se encierra en eso.

Dos años antes, Pedro de Stauffenberg hubiese respondido que la única magia que existia era el amor; pero habian pasado dos años desde su matrimonio, un año de posesion y otro de ausencia: le pareció que el anciano podría tener razon. No obstante, respondió al duque de Brabante que en el fondo de su corazon participaba de sus temores, pero que no por eso se creia menos comprometido por el juramento que habia hecho. Entonces el duque le propuso recurrir á las luces de monseñor el arzobispo de Colonia, Walrame de Juliers, que era un gran hombre en semejante materia, y Pedro de Stauffenberg, cuya ambicion se aumentaba por momentos á expensas de su antiguo amor, consintió en aceptar su arbitraje y prometió sujetarse á él.

Como se calculará, monseñor Walrame de Juliers fué del parecer del duque de Brabante, y aun añadió que semejantes alianzas estaban prohibidas por la Iglesia, y que era hacer una obra meritoria romperlas. Ante semejantes autoridades, Pedro de Stauffenberg, impulsado ya por su deseo secreto, no encontró objeciones que hacer: celebráronse los

esponsales, y el matrimonio se fijó para de allí á ocho dias.

La vispera del dia en que debia verificarse el matrimonio, uno de los vasallos de Pedro de Stauffenberg pidió permiso para hablar á su señor. Iba á anunciarle que siete dias antes habia desaparecido su mujer llevándose á su hijo. El caballero calculó las fechas; el momento de la desaparicion de Ondina correspondia minuto por minuto á la hora de los esponsales de Pedro. Con esto quedó mas convencido de que su primer matrimonio era obra de magia, y que habia sido juguete de algun demonio que habia tomado la forma de una mujer para hacerle caer en el lazo. Los poquísimos remordimientos que sentia en conciencia desaparecieron, y se preparó alegremente para la ceremonia del dia siguiente.

Llegó por fin el dia señalado. Monseñor Walrame dió la bendicion nupcial á los nuevos esposos, y despues fueron á una casa de campo inmediata donde estaba preparada la comida. Despues de comer debian ir los recién desposados á un magnifico castillo situado entre Lovaina y Malinas, y que era un regalo que el duque de Brabante les hacia.

Estaban en los postres, los mejores vinos del Rhin circulaban en las mayores copas que se habian podido encontrar. Todos estaban alegres y con-

tentos. Pedro de Stauffenberg parecia participar de la alegría general, cuando de repente se fijaron sus ojos en la parte de pared que daba frente á él; un pié, tan lindo y pequenito que no podia ser mas que el pié de una mujer, salia de la pared, sin que se pudiese ver ninguna otra parte de aquella á quien pertenecia. Pedro recordó la prediccion de Ondina y la amenaza que á ella iba unida: por valiente que fuese, se le erizaron los cabellos, y un sudor for le corrió de la frente, porque el peligro de que estaba amenazado era un peligro desconocido é invisible, un peligro al que no podia hacer frente, y por consecuencia, que debia intimidarle por bravo que fuera.

La vision duró algunos minutos, durante los que los ojos de Stauffenberg permanecieron constantemente fijos en la pared; en seguida desapareció.

Mas cualquiera que fuese la impresion moral producida en el caballero, tenia él bastante poder sobre sí mismo para ocultarla á todas las miradas; nadie se apercibió, pues, del arrobamiento en que su espíritu habia caido. Solo sí se chancearon porque cesaba de comer y beber, pero respondió con tal oportunidad y buen humor, que nadie fijó ya en ello su atencion.

Llegó la hora de dejar la mesa. El castillo á donde debian ir los recién casados estaba situado á dos leguas próximamente de la casa de campo

donde se verificaba la comida. A eso de las once, se levantaron de la mesa, y los convidados, montando á caballo, resolvieron conducir á los dos jóvenes hasta su mansion.

El cortejo se puso en camino: la noche era oscura, y apenas se veia bastante claro para seguir el camino mal trazado que conducia al castillo, cuando al pasar cerca de unas ruinas, se levantó una cosa como una sombra delante del caballo de Pedro de Stauffenberg, que espantado de aquella aparicion, dió un bote y echó á correr. Pero como se sabia que el joven conde era excelente caballero, no hicieron mas que reir del capricho de su caballo, y continuaron avanzando, seguros de que no tardaria en reunirse á la comitiva despues de hacer entrar su caballo en razon.

Mas no fué así, parecia que el caballo del conde tenia un demonio en el cuerpo; así que no se detuvo hasta despues de media hora. Intentó entonces el caballero orientarse, mas no era cosa fácil, porque, como hemos dicho, la noche era muy oscura; mas al cabo de un instante, vió de repente iluminarse al horizonte los balcones de un castillo, y no dudó que era aquel á donde debia ir, y donde sin duda habian llegado antes que él los demás. Tomó al punto el camino atravesando tierras, y á medida que se aproximó, reconoció que habia calculado con exactitud; no estaba mas que

á algunos centenares de pasos, cuando se encontró orilla de un riachuelo.

El caballero volvió los ojos á todas partes para buscar un puente; subió y bajó la orilla en distancia de un cuarto de legua próximamente; pero viendo que no encontraba lo que buscaba, creyó que el río era vadeable, y lanzó en él su caballo.

Mas apenas Pedro de Stauffenberg estuvo en medio de la corriente, la misma sombra que habia ya espantado á su caballo salió del agua y de nuevo se elevó ante él. Al verla se encabritó el caballo, derribó á su amo en el río, llegó á la orilla, y se lanzó hácia el castillo relinchando de terror.

Y de lo que sucedió al caballero nadie supo nada; porque, aunque al día siguiente la huella de las patas del caballo conducia directamente al sitio donde habia caído, y aunque aquel sitio se conocia hasta entonces como que no tenia mas que dos ó tres piés de profundidad, se habia hecho allí de repente un pozo, cuyo fondo ha sido aun hasta el día imposible saber.

En cuanto al castillo de Stauffenberg, como jamás pudo probarse que el conde habia muerto, puesto que no se habia encontrado su cadáver, el emperador no creyó que podia disponer de él, sino hasta que el castillo quedó arruinado.

Estas ruinas son las que, segun dicen los aldeanos, están habitadas por Ondina y su hijo.

BADEN-BADEN.

Llegamos á Baden-Baden, que por la comodidad de las pronunciaciones francesas, llamamos Bade abreviado, á las ocho de la noche, con la intencion de detenernos allí todo el día siguiente.

Doce horas para ver á Bade cuando ha terminado la estacion de las aguas, son seis horas mas de las que realmente necesita un viajero concienzudo. Bade en el mes de octubre, es la mina sin mineros, es la colmena sin las abejas.

Felizmente tenia yo conmigo un jóven, amigo amable y de imaginacion, conocido de mis lectores, que seis semanas antes, y despues de muchas tribulaciones, se me habia reunido en Francfort. Como estas tribulaciones no carecen de algun interés artístico, y por otra parte, en medio de ellas encontrarán nuestros lectores lo que en vano bus-